

á extraviaros¹. Invocadla hoy con mayor afecto, con sincera y leal confianza, á fin de alcanzar de su Hijo benditísimo la gracia de ser fieles en edad más avanzada y hasta el borde del sepulcro, á vuestras solemnes promesas del bautismo, hoy mismo renovadas ante su altar, promesas que tan estrechamente os ligan con Jesucristo desde el día de vuestro segundo nacimiento.

II. Quiera el cielo, finalmente, que este plantel de educación, de primera importancia en toda la República, puesto bajo la tutela de Nuestra Señora del Rosario por la Iglesia y el Gobierno felizmente adunados para procurar el progreso intelectual y moral de la juventud, y aprovechando la hábil dirección de que hoy justamente se gloría, produzca, como en sus mejores épocas, varones eximios, eminentes ciudadanos, hombres de ciencia y de virtud, que sepan eclipsar la ilustración del sabio con las superiores luces del cristiano. Tales son los ardientes votos que elevo en este día á vuestra excelsa patrona, la Virgen del Rosario.

DISCURSO INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO

(pronunciado en la catedral de Medellín, 1893).

La educación religiosa.

Sapientia . . . et disciplina, timor Domini.

La sabiduría y la doctrina nacen del temor del Señor.

Eccli. I, 34.

1. Entre las grandes cuestiones que traen hoy dividida la opinión de los hombres pensadores, figura en primer término la de la educación. Cuantos de veras

¹ *Ipsam sequens non devias* (ibid.).

se preocupan con el bienestar del individuo y de la sociedad, no pueden menos de reconocer en ella una cuestión de vida ó muerte; porque, en realidad de verdad, de la buena ó mala dirección que reciba el hombre en sus primeros años, depende, por ley general, el semblante de toda su vida y el éxito final de su carrera. El Espíritu Santo nos asegura que el hombre, aun cuando llegue á la vejez, no se desviará del camino de su adolescencia¹. Pero, si en este punto están todos de acuerdo, no todos, por desgracia, convienen en el método de educar á la juventud, esto es, en los medios que deban emplearse como más adecuados para conseguir el doble objeto de toda buena y verdadera educación, es á saber, la cultura intelectual y la formación del corazón; y de aquí que aparezcan, hoy más que nunca, en la escena del mundo dos grandes y poderosas escuelas educacionistas, religiosa la una, la otra laica, disputándose encarnizadamente el imperio de los tiernos vástagos de la humanidad.

2. Nosotros que tenemos á honra llevar izada la bandera de la religión y combatir por ella en todo campo, según nuestras leales y profundas convicciones, como por la única enseña de luz, salvación y felicidad para el género humano, no podemos dejar de alzar la voz en ocasiones solemnes como la que nos ofrece este día, para proclamar sin vacilación de ninguna especie, que es necesario optar resueltamente por el sistema de la educación religiosa, basados en aquella palabra de eterna verdad: *Sapientia et disciplina, timor Domini*: «El temor de Dios es sabiduría y disciplina.»² Deducimos como lógica consecuencia de esta doctrina, que

¹ Prov. 22, 6.

² L. c. supra.

sin la base del elemento religioso la educación no alcanzará nunca su primordial objeto. ¿Quién duda que la religión (hablo de la única verdadera, de la que tenemos la dicha de profesar los hijos de la Iglesia católica) es madre, y no madrastra, del hombre en el orden sobrenatural? Pues bien, ¿hay quien dispute á la maternidad el derecho y la aptitud para formar el tierno corazón de los hijos, derecho y aptitud concedidos á todas las madres por la mano de la Providencia? Luego podemos desde luego concluir que es á la tierna, diligente y cariñosa mano de la religión á quien Dios ha confiado, antes que á ninguna otra madre, la delicada labor de modelar el corazón de los niños, haciéndoles gustar desde muy temprano las dulzuras celestiales de la virtud é iniciándolos de esta manera en aquel sabor exquisito del bien, en que consiste, según la etimología de la palabra, la sabiduría propiamente dicha, cualidad moral que distingue á los sabios dignos de tan alto nombre. Y no es esto sólo, sino que bajo el cuidado y la vigilante tutela de la religión es también como puede adquirir el niño aquella suma de conocimientos útiles que han de abrir su naciente inteligencia á los primeros albores de la verdad. Concretando todavía más mi pensamiento, de acuerdo con la sentencia del Apóstol: *Pietas ad omnia utilis est*: «La piedad es útil para todo»¹, digo que sin ella no se puede formar el corazón, según pretendo haceros ver en la primera parte de este discurso; y tampoco puede adquirirse una ciencia provechosa, como veréis en la segunda. ¡Jóvenes que venís á este templo á inaugurar solemnemente las tareas escolares de un año bajo la protección de vuestra amada

¹ 1 Tim. 4, 8.

patrona, la Virgen de la Candelaria! bien comprendéis vosotros, porque así lo habéis aprendido de vuestros padres y de vuestros dignos directores en la Universidad de Antioquia, cuán importante y necesario sea el influjo de la religión para el feliz resultado de vuestra carrera literaria y científica; pero, á fin de penetraros todavía más de tan provechosa verdad, implorad conmigo los auxilios del Padre de las luces por intercesión de Aquella á quien la Iglesia apellida *Sedes sapientiae*. *Ave María*.

I.

3. *Aprende, hombre, en qué consiste la sabiduría y en dónde se halla la virtud*, decía el Profeta Baruch¹; y pudiéramos decir aquí también, tratando de fijar nuestras ideas acerca del fin primario de la verdadera educación. ¿Á qué aspira el tierno padre de familia, cuando se sacrifica tal vez por colocar al pedazo de sus entrañas en un acreditado establecimiento de instrucción pública y lo retiene allí no pocos años, hasta que, hecho ya hombre, pueda retornarlo lleno de alegría al seno del hogar? ¿por qué consiente la piadosa madre, aunque sangrándole el corazón por los ojos, en aquella durísima separación de la mitad de su alma? Y el niño mismo, aunque no ve todavía bien claro en el asunto, ¿qué se promete al entrar en las aulas? ¿qué es lo que se figura que ha de colmar algún día las vagas ansiedades de su corazón naturalmente ambicioso de felicidad, el día que corone felizmente su carrera de colegio? ¡Ah! señores, es indudable que todos sueñan en un ideal, más grande y bello que el de una mera instrucción, por bien aprovechada que

¹ Bar. 3, 14.

sea; todos se prometen algo más importante como resultado final de su trabajo, algo como la formación cabal del joven, de manera que, al salir éste por las puertas del colegio, domeñadas sus primeras pasiones, corregidos sus naturales siniestros y defectos, adornado de las virtudes adecuadas á su edad, cristiano á carta cabal, por decirlo en una palabra, esté ya dispuesto á ser el sostén, la honra y prez de la familia y de la sociedad. ¿Será demasiado pretender tal vez? No lo discuto; pero, con derecho ó sin él, la recompensa á que aspiran los interesados en la educación del joven, no puede ser más amplia ni preciosa. Lo que afirmo, de acuerdo con la proposición sentada, es que ni la ciencia práctica de la vida, ni el sentimiento del deber, ni el amor á la virtud, ni el vencimiento de sí mismo, ni, en fin, la conformación del carácter, elementos todos que deben concurrir á dar aquel brillante resultado, nada de todo eso puede obtenerse sin el valioso contingente de una sólida piedad, ó, lo que es igual, sin la educación religiosa. *Pietas ad omnia utilis est.* Veámoslo por partes.

4. ¿Qué es la vida, amados oyentes, sin el conocimiento práctico de Dios? Un enigma indescifrable, un verdadero frenesí, según el dicho del poeta. Por esto, el niño debe aprender, apenas abre los ojos á la luz de la razón, á descifrar el gran misterio de la vida, si es que ha de arribar á la sabiduría verdadera, que consiste en saber vivir sobre la tierra de manera que pueda vivir eternamente en la tierra de los vivientes¹. Éste es el abecé de la buena educación. ¿Por qué andan tantos jóvenes á tientas, sin norte ni principios

¹ Is. 38, 11.

fijos, dando vueltas de ciego, aun después de brillantes carreras científicas y literarias? La explicación es para nosotros muy sencilla. Á todo aprendieron, menos á vivir. Faltóles la lección fundamental del principio y fin del hombre. Si la educación ha de dotar al joven de elementos para ser feliz, preciso es que le descifre, antes que todo, el enigma de la vida, no sea que este mismo, como la esfinge de la fábula, le devore por no saber adivinarlo. Oíd á un elocuente escritor contemporáneo: «Mirad á ese joven. ¡Con cuánto atrevimiento ha entrado en la vida! El último de sus cuidados era saber si había Dios y si le debía alguna cosa... Á los quince, á los veinte años dudaba de Dios. Después de haber vivido un poco, duda de sí mismo... Lleva amargamente su alma vacía, su vida perdida, su existencia sin objeto, su eternidad sin luz... He aquí la situación intelectual de una multitud de hombres de este siglo.»¹

Y yo os pregunto: ¿Quién tiene la culpa de esta monstruosa situación? ¿No es la falta del principio religioso, que sólo puede arraigarse en el alma del joven por medio de enseñanzas serias y de constantes prácticas de piedad? ¡Qué desgraciado es el hombre que no ha recibido este género de educación! Así lo confiesa un célebre filósofo de nuestro siglo, amante de la verdad, pero miserablemente extraviado en las sendas del orgullo: «¿Cómo queréis, decía, que el hombre viva en paz, cuando su razón, encargada de la dirección de la vida, cae en incertidumbre sobre la vida misma, y nada sabe de lo que es necesario que sepa para cumplir con su misión? ¿Cómo vivir en paz cuando no sabe

¹ Bougaud, El vacío del alma.

aun de dónde viene ni adónde va, ni lo que debe hacer aquí abajo?... Vivir en paz en esta ignorancia, es imposible.»¹ Ahora bien, la religión es la única maestra que puede enseñar al hombre con certeza incontestable de dónde viene y adónde va, su primer principio y su último fin, que no es otro sino Dios, y asegurarle, con la posesión de estas verdades, la tranquilidad del espíritu, vanamente suspirada por el escéptico. Y ved aquí al joven aleccionado por la religión en la ciencia de la vida.

5. ¿Qué diremos del sentimiento del deber? Si el niño no aprende primero lo que á su Criador debe por mil títulos, á cual más legítimos é indiscutibles, ¿cómo sabrá lo que á sí mismo se debe y lo que debe á los demás? Para esto basta la moral, replicará alguno; no es forzoso recargar al niño con tantas prácticas de religión. ¡Oh! no lo creáis así, mis amados oyentes. La ciencia del deber, antes que especulativa, debe ser práctica, sí, eminentemente práctica; porque ¿de qué sirven las frías lecciones que no anima ni vivifica la conducta? Y luego, ¿creéis que pueden divorciarse la religión y la moral? Para convencerlos de que tal separación es imposible, bastaría la siguiente reflexión. El cimiento verdaderamente sólido, inquebrantable, de todos los deberes del hombre, no es otro que la necesidad moral de acatar la soberana ley de Dios: á Dios es, hablando con exactitud, á quien es deudor el hombre de lo que se debe á sí mismo y á sus semejantes. Derruid ese cimiento del respeto y amor á Dios, y veréis cómo se desmorona y viene á tierra el edificio de la moral, combatido por el sofisma y las pasiones. Por eso ha dicho una voz

¹ Jouffroy, cit. por *Bougaud* l. c.

inspirada: «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, que esto es ser hombre»: *Hoc est enim omnis homo*¹; expresión profunda, que nos da á entender cuál es el fundamento de todos los preceptos morales. Desconfiad, señores, de esas lecciones de moral, por más bellas que parezcan, que no empiezan por expresar el primero y más grande de los mandamientos del Decálogo: *Amar á Dios*². Y no debéis desconfiar menos de cierta enseñanza moral superficial y de mera fórmula, que parece dada solamente para llenar un artículo del Reglamento oficial, y no apoyada en prácticas religiosas que, elevando el corazón á Dios, hagan sentir al alumno toda la extensión y todo el peso de sus obligaciones.

6. Sólo por este camino, ¡oh padres de familia! ¡oh abnegados institutores de la tierna juventud! lograréis hacer virtuosos á vuestros hijos, á vuestros alumnos. La virtud es palabra vacía sin el temor de Dios; y sin el auxilio sobrenatural de la gracia es empresa impracticable, no sólo para el niño, sino también para el hombre de cualquier edad y condición. ¿Anheláis ver salir de los públicos planteles de educación jóvenes juiciosos, dechados de honradez, obediencia, docilidad y todas las virtudes que son el encanto de los años juveniles? Ensayad el sistema que queráis, no hallaréis otro eficaz y seguro más que el de la piedad cristiana. Ella sola, como dotada de sobrenatural energía, posee el secreto de formar el tierno corazón del niño por el modelo de los Luises Gonzagas y Estanislaos de Kostka, ángeles de la tierra, que de continuo ofrece á su mirada como espejos en que debe contemplarse. Y ¿no es la piedad la única escuela que sabe revestir de atractivo

¹ Eccli. 12, 13.

² Matth. 22, 38.

á la austera virtud, mostrándola á los ojos del niño toda radiante de belleza? Por lo demás, ¿quién no está persuadido de que la virtud verdadera, la que no teme comparecer delante de Dios, no se adquiere sin especiales auxilios del cielo? Harto lo demuestra la experiencia, y la voz de la conciencia lo atestigua de acuerdo con los dogmas de la fe. Es que el hombre, sea cualquiera su temperamento moral, no es bastante fuerte para llenar cumplidamente en la totalidad de los casos las delicadas exigencias de la virtud: cuando ésta se eleva sobre el nivel de lo humano, y llega á ser divina, como lo es la virtud verdaderamente cristiana, necesita energías que no están en nuestra naturaleza abatida desde el pecado de origen; y sólo Dios, con el poder infinito de su gracia, puede elevarnos sobre nuestra debilidad y hacernos superiores á nosotros mismos. De esta doctrina se deduce la necesidad indispensable de orar, y orar todos los días y aun á toda hora, ya que á toda hora debemos ser virtuosos, de tener hondamente arraigado el espíritu de fe, para lo cual es también necesario frecuentar con la debida preparación los santos Sacramentos, escuchar atentamente la palabra divina, practicar, en fin, todos esos actos de piedad cristiana que la experiencia de todos los siglos ha demostrado ser tan útiles como eficaces para arraigar en el corazón la virtud sólida y perfecta. Y añadiría yo también, si no lo creyera superfluo, por estar en la conciencia de todos mis oyentes, nutridos con la leche de la devoción de la Virgen de la Candelaria, es preciso acudir día y noche á reclamar el amparo y la tutela de María, de esa Reina y Dispensadora de las gracias del Altísimo, de cuyas manos han de pasar á las nuestras los espirituales socorros que, según hemos visto,

han de infundirnos esfuerzo para la práctica de la virtud.

Siendo, pues, verdad reconocida cuanto dejamos expuesto, ¿cómo explicar la absoluta indiferencia, rayana en desdén, con que miran no pocos padres de familia de incuestionable ortodoxia, cuanto concierne á ejercicios piadosos en los establecimientos en que colocan á sus queridos hijos, como si no les interesase otra cosa más que el aprovechamiento de éstos en el estudio de las ciencias? ¡Descuido imperdonable! No extrañen luego si no encuentran en sus hijos sumisión, ni obediencia, ni buenas costumbres, antes caprichos y perversión anticipada á los años, marchitos en flor los codiciados frutos de la educación. No puede suceder de otra manera, y vuelvo á invocar el testimonio irrefragable de la diaria experiencia, porque sin el cultivo de la piedad no florecen las hermosas virtudes.

7. Y añado la razón; porque sin ella no hay propio vencimiento, y sin éste no se concibe virtud. Fruto de la victoria del hombre sobre sí mismo, los laureles inmortales de la virtud se recogen en el campo del propio corazón. *Vince te ipsum*, es la primera lección que debe darse para ser virtuoso, porque el hombre no nace revestido de buenas inclinaciones, sino de gérmenes viciosos. *Vitiis sine nemo nascitur*, dijo el pagano Horacio, y mejor el Espíritu Santo cuando nos enseña que: *El sentido y pensamiento del corazón humano están inclinados al mal desde la adolescencia*¹. Al lado del buen grano nace la cizaña, que es preciso arrancar para que no ahogue en germen las plantas de las buenas costumbres. Verdad es que en el corazón

¹ Gen. 8, 21.